

Earl Hines *Gigante del Jazz*

Por Hugues Panassié

Empieza ya a ser hora de que se haga la debida justicia a Earl Hines, uno de los más grandes músicos que el jazz ha conocido. Ya sé que los entendidos le admiran y le sitúan en su debido lugar. Pero esto no basta. Hines debería ser tan conocido como los más grandes. Louis Armstrong, Duke Ellington, Lionel Hampton, Jonah Jones y, en menor grado, Count Basie, son ejemplos de jazzmen que han obtenido la reputación que merecen. Fats Waller y Art Tatum estaban en camino de lograrla cuando murieron. Músicos como Johnny Hodges, Coleman Hawkins, Buck Clayton, Jo Jones, Cozy Cole y otros, si no son aún tan conocidos del gran público como debería ser, por lo menos han salido de la semiobscuridad en la cual vegetan tantos otros jazzmen. Debo señalar, no obstante, que son conocidos en los círculos de iniciados, que han grabado numerosos discos en el curso de los años cincuenta y que no son desconocidos por los jóvenes músicos.

Tal es al contrario el caso de Earl Hines. Mientras ciertos pianistas, buenos, medianos o malos, graban montones de microsurdos L. P. en solo, forman parte de numerosas orquestas de estudio, acompañan a tal o cual célebre artista en microsurdos de gran difusión, son presentados como estre-

llas en Newport, o en otros festivales de jazz, él está, desde hace años, olvidado por casi todos quienes, de cerca o de lejos, se ocupan del jazz.

Que no nos digan que es porque Earl Hines no es «comercial» (en el sentido de que no es susceptible de tener éxito). Precisamente hay pocos músicos que tengan tanta «presencia» en escena. En realidad, no hay ningún pianista que le aventaje en este aspecto. Earl Hines es un gran «showman», en el mejor sentido de la palabra. Cuando está en un escenario, ejerce sobre el público una especie de fascinación, lo mantiene constantemente en tensión, y cuando ha terminado de tocar, la sala tiembla bajo los aplausos. Quedó plenamente demostrado en Francia y en Inglaterra, en la jira de Jack Teagarden a fines de 1947: aunque Teagarden era el jefe de la orquesta, fue Hines quien cosechó todo el éxito. E igualmente, durante las jiras 1948-1949 del «Louis Armstrong All Stars», las ovaciones que saludaban los solos de Earl Hines igualaban a veces las que recibía Louis Armstrong. Teddy Wilson lo ha citado como uno de los tres más grandes pianistas de jazz (los otros dos eran Art Tatum y Fats Waller, y a excepción de los especialistas de blues, apenas hay alguno que no haya experimentado, más o menos, la influen-

cia de Earl Hines: Art Tatum, Teddy Wilson, King Cole, Mary Lou Williams, Count Basie, Buck Washington, Eddie Heywood, por citar sólo a los más célebres, aunque con el nombre de los demás, podría llenarse una página entera.

He aquí algo remarcable: la fuerte personalidad de Hines impresiona tan profundamente el estilo de quienes se inspiran en él como Art Tatum y Teddy Wilson, que los discípulos de estos últimos parecen a veces haberse inspirado directamente de Earl Hines. ¿Quién no creería, escuchando a Ray Bryant, que este joven pianista había escuchado atentamente a Hines? ¡y he aquí que Bryant no le ha oído nunca ni en persona, ni en disco!

Pero el simple hecho de que un pianista de 28 años pueda ignorar totalmente la música de Earl es demostrativo del lamentable estado de cosas existente en los Estados Unidos y del increíble abandono en el cual se ha sumido a uno de los más grandes creadores en la historia del jazz.

Y que no pretendan que a los jóvenes no les gustaría su música, con el pretexto de que pertenece a otra generación. Al contrario, cada vez que un joven tiene ocasión de escucharle, queda trastornado por el asombro y la admiración. Un hecho con mi testimonio a este respecto no sería sufi-



Teddy Wilson, Heddie Heywood, Errol Garner y Earl Hines, en el Embars de Nueva York

Foto: Gene Gilden